Miguel Ángel Granados Chapa

México, D.F., a 24 de febrero de 2005.

A quien corresponda

Valga lo que valga mi testimonio, quiero aportarlo para apoyar la magnífica idea, la justiciera iniciativa de que este año el Homenaje de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano reconozca los valores profesionales, políticos y humanos que concurren en Federico Fasano Mertens.

Hace casi treinta años que he tenido ocasión de conocer de cerca las tareas periodísticas del ahora director de La República. Mantuve contacto inicial con él cuando, doblemente exiliado, de sus dos patrias, Uruguay y Argentina, llegó a México en 1976, perseguido por la dictadura de los generales. A invitación de Julio Scherer se hubiera incorporado a Excélsior, el diario dirigido por ese gran periodista mexicano (y del cual yo tenía el honor de ser subdirector editorial), de no ser porque un golpe de mano, fraguado desde las alturas del poder político en México arrojó fuera de Excélsior a Scherer, cuya suerte quisimos seguir decenas de periodistas. De más está decir que Fasano y Scherer, si bien no tuvieron oportunidad de una tarea profesional conjunta, entablaron una amistad surgida de sus afinidades y regida por una amplia comunidad de propósitos profesionales. Al evocar esa vinculación me parece que no sería extravagante que habiendo sido Scherer el primer destinatario del Homenaje de la FNPI, en abril de 2002, tres años más tarde ese reconocimiento corresponda a Fasano.

En sus años mexicanos, Fasano desplegó su energía en varios frentes. Se desempeñó profesionalmente en los medios periodísticos de vanguardia, como Proceso, Radio Educación, unomásuno y La Jornada. En todos ellos, en los que tuve ocasión de formar parte del personal directivo, pude comprobar la pasión razonada con que Fasano encaraba sus tareas, que se extendían al activismo dentro del exilio latinoamericano, que de tantos modos enriqueció en los años setenta y ochenta la vida pública mexicana. Convidados por Luis Javier Solana, nos solazamos en el sueño, más que en el proyecto, de crear, juntos los tres, un nuevo diario, que las vicisitudes de la vida no nos permitieron consumir.

Una de esas peripecias fue la designación de Solana como coordinador de comunicación social de la Presidencia de la República. Con clara conciencia de que no sería un rutinario propagandista de un poder muy personalizado, sino que aprovecharía su oportunidad para instrumentar desde el gobierno una reforma de los medios que sirviera a la sociedad, Solana convocó a Fasano para concebir un ambicioso plan nacional de comunicación social de claro aliento democrático, acorde con las ideas que surcaban el mundo de esa materia con el auspicio de la UNESCO. Lamentable y comprensiblemente, los intereses creados que se sintieron amenazados por la sola formulación de las ideas rectoras de ese plan contribuyeron eficazmente a frustrarlo, y a que Solana, y con él Fasano, tuviera que abandonar ese proyecto. Hay que decir que Solana, que ha mantenido una

relación fraternal con Fasano aun después de su retorno a Montevideo, perseveró en sus propósitos. Se convirtió a tal punto en el promotor principal de la libertad de información, resultado de su sintonía con Fasano, que un premio a la transparencia lleva ahora su nombre.

Cuando Fasano volvió al sur, ya no pudimos dejar de conocer sus empeños y sus hazañas en la profesión periodística. Tal como había hecho antes del exilio, pero con sus percepciones y sus instrumentos afinados, reemprendió la doble vertiente de su actividad profesional, hacer periodismo y defenderlo. Promovió la difusión democrática, en línea opuesta a los intereses de la comunicación oligárquica que era puntal del régimen autoritario que, con uniforme o sin él gobernó a la República oriental durante siglo y medio. Y no es exagerado decir que la inauguración de una nueva etapa política en Uruguay, el primero de marzo próximo, ha sido posible por el esfuerzo de muchos como Fasano, él mismo incluido en la primera fila.

Pionero del periodismo de investigación, el que devela secretos y descubre componendas dañinas para la mayoría, lo ha practicado personalmente y ha inducido a otros a que lo hagan, coordinando sus esfuerzos y dando la cara al esparcir sus resultados. Y precisamente porque conoce el valor y la trascendencia de ese género de periodismo, además de practicarlo lo ha defendido. Sería difícil discernir en cuál de esas áreas ha puesto Fasano mayor fervor, si en el hacer periodístico o en la lucha por las libertades de informar y de decir.

Casi siempre que ha roto lanzas por su propia libertad o la de sus iguales, ha salido airoso de las estrategias judiciales a que lo sometieron los enemigos de la información y la expresión libres. En ocasiones, sin embargo, ha padecido prisión, hostigamiento y amenazas, algunas de ellas en vías de hecho. Pero ningún infortunio, ninguna circunstancia adversa han sido suficientes para que ceje en su empeño por hacer de su patria, de nuestras patrias, el lugar que merece la dignidad de sus habitantes. Se ha valido para ello, en grado de excelencia, de su amplia panoplia periodística.

Merece, por todo ello, el Homenaje de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.